



Comisión 5

Índice

1. Amar libera. Camila Aguerre
2. Todo un poco roto. Camila Alarcón
3. Hubiera preferido no desear nada. Tomás Almandos
4. Sonidos entre sueños. Isabel Amado
5. Mi niñez en Arequipe. Francisco Andrés Anchayhua
6. Un viaje único. Ángela Aranda
7. Perdido en mí entorno. Tobías Bordenave
8. El deseado tuco. David Cabaña
9. Far west. Tomás Casamayú
10. Más atada que zapatilla de machirulo. Lautaro Chechile
11. Profundo miedo. Brisa De Llamas
12. Tierra de campeones. Juan Manuel Fernández
13. La que más importa. Luciana Gerardi
14. Por el placer, la paz. Lautaro Larralde
15. Costos y beneficios. Luciana Larran
16. La primera persona que me enamoró. Camila Madariaga
17. Una tarde no tan agradable. Camila Manso
18. El momento que jamás esperé. Pilar Manso
19. Naturalizando la rutina. Valentina Mayoraz
20. Su aroma. Larissa Melo Rossi
21. Escapando de la prisión. Catalina Pace
22. El cálido beso de la muerte. Carlo Fabián Peñaherrera
23. La venganza no siempre es dulce. Melina Pirotti Sioli
24. Caja de cristal. Doménica Proano
25. El peor viaje de mi vida. Roberto Carlos Racedo
26. Las pesadillas te muestran realidades diferentes. Antonella Risso
27. Mi peor noche. María Paula Romero
28. Opuestos atraídos. Gabriela Saavedra

29. Perdido en mí entorno. Tomás Saghessi
30. El ardor del amor. Alexia Seitz
31. Del otro lado del mundo. Agustina Teixeira
32. Salir de la comunidad. Valentina Zabaleta

Amar libera

Camila Aguerre

Mi vestido se deslizó sobre mi piel, hasta llegar al piso frío de la mansión Canterville. Lo miré y me miró. Nos acariciamos, sentí una sensación extraña y pero placentera. Me recosté semidesnuda sobre la cama de bordes metálicos.

Simón empezó a besarme el cuello, cerré los ojos hasta sentir que sus labios bajaban rozando la sensibilidad de mi cuerpo. Lo detuve me tomé un tiempo para observarlo, me empecé a tocar suavemente. Me di vuelta y dejé que Simón me bese mi espalda descubierta. Nada podía ser mejor. Me agarró de la cintura y me apretó fuerte.

Nuestros cuerpos empezaron a frotarse dejando que las sábanas nos abracen. Me observó y me dijo “Me haces sentir vivo Virginia”. Se reposó sobre mi pecho, escuchando el latir de mi corazón.

Mi mente había olvidado que Simón era un fantasma, se sentía más real que nunca.

Sonreí, me levanté y suavemente coloqué mis piernas alrededor de su cintura y con mis manos toqué su panza fría como la nieve.

Hacía frío, aunque mi torso desnudo se sentía más caliente que nunca. Una sensación fuerte me paralizó, apreté el respaldo metálico de la cama, cerré los ojos y sentí todo. Mi cuerpo temblaba y mi sangre nunca había estado más ardiente. De un segundo al otro, me desperté, vi a mi alrededor y estaba en mi habitación.

Corrí a buscarlo, aunque luego recordé que había liberado su alma. Había perdido al ser del que me había enamorado.

Todo un poco roto

Camila Alarcón

No sé por qué lo hice. Supongo que fue el dolor o tristeza que sentí. Creo que era chica y eso fue un motivo, quizás hoy no lo haría, o tal vez sí.

No veníamos pasando una buena situación como familia, tenía catorce, a meses de mis quince, organizando todo. Nunca quise hacer una fiesta, siempre quise irme de viaje. Sumado a eso, mis papás no venían muy venían muy bien en su relación. Dos meses antes de mí cumpleaños decidieron separarse.

No quise seguir adelante con nada de los preparativos, no aceptaba la situación, ni quería festejar nada.

Me llevó muchísimo tiempo aceptarlo, a mi hermana no tanto.

Papá se mudó a pocas cuadras de casa, iba y venía todos los días.

Ya pasados los cuatro o cinco meses, en una tarde de enero, estábamos con mi hermana en la casa de mi papá, a él le suena el celular y, como era de costumbre, yo le leía todo. Ese día no era un mensaje como los de siempre de sus amigos o mi abuela, era de su pareja actual, de quien nadie nunca me había hablado. Y no cualquiera me lo tenía que contar, sino él.

Sentí furia, enojo, dolor. La Primera reacción que tuve fue romper el celular que tenía en las manos. Él todavía no entendía qué pasaba, mi hermana menos. Solo le dije “nos vamos” y así lo hicimos.

Yo no podía entender que en tan poco tiempo él había podido establecer una relación con una persona.

Recuerdo que discutimos mucho, varios días me sentí triste.

Perdimos contacto con mi papá durante un tiempo largo, nos costó, pero sobre todo a mí volver a confiar y poder aceptar cómo eran las cosas.

Después de todo, siempre quise su felicidad. Pero es al día de hoy, que no me arrepiento de haber destruido su celular.

Hubiera preferido no desear nada

TomásAlmandos

Papel de fibra de caña de azúcar era lo que me encontraba leyendo mientras ponía todo mi esfuerzo en no prestar atención y mirar la fea y enorme verruga de la bella profe de historia. Una cara tan linda, arruinada por esa cosa espantosa en su mejilla. Y mejor no hablemos del pelo del medio, mejor por su propio bien, no la describo más.

Lo peor no era eso, sino ver como mis compañeros, medio fumanchones para decirlo suavemente, se reían y festejaban por haber hecho que otro se les una, digamos que lo llevaron al lado oscuro. Se fumó una tuca. Me equivoco, lo peor era el simple hecho de que todos ellos, en distintas etapas de mi vida, fueron grandes amigos, y ahora están todos juntos por un faso. ¡Grande la vida! El problema no era que fumaban, sino que eran estúpidos y tontos, su vida parece que no sale de eso y ahí estaba mi problema. Sin sacar el hecho de que no respetaban al otro y los incitaban a fumar. Lo quisieron hacer conmigo pero mi falta de curiosidad es lo que evita que lo haga.

Soy honesto a veces por dentro quiero que se mueran o que los pise un auto. Todo, cualquier cosa, no quiero verlos.

Al salir de la clase escuché un ruido que provenía del patio. Se me ponía la piel de gallina en tan solo imaginar que podría llegar a ser. Respiré hondo y con la mente en blanco me dirigí allá y mis ojos no lo podían creer. Parpadeé constantemente, me froté los ojos fuertemente con la mano, pero la imagen no cambiaba. Estaba sin aliento y no podía soltar ninguna palabra. Me encontraba afónico. Había una persona atrapada en una burbuja, sin aire. Aún golpeándola fuerte y desesperadamente para poder escapar, no hubo resultado. Se rindió y se asfixió.

Esa persona que murió era uno de mis compañeros. Mi deseo se había cumplido.

Sonidos entre sueños

IsabelAmado

Me encontraba deambulando por una casa desconocida en la ciudad de La Plata, en el barrio meridiano V, era un domingo lluvioso, de esos muy fríos. La ciudad se sentía vacía.

Ahí estaba en esa casa, más que casa mansión, no sabía el porqué de estar ahí, sentía muchos escalofríos. Caminaba por uno de los pasillos, abría varias puertas, suponía que eran dormitorios. Estaba sola, o eso creía. Desde una de las puertas empecé a escuchar ruidos. Primero un silbido, entonces de apoco me voy acercando. Tengo miedo. No me animo abrirla.

Escuchaba a una mujer asustada, llorando, respirando fuerte, asustada, desesperada, escondida, y con mi mismo miedo, o peor. No le encontrábamos significado, teníamos miedo, pero no sabíamos de qué era.

Se escucha que intentan abrir la puerta principal de la casa, hacían mucha fuerza para abrirla porque estaba trabada y oxidada. Ellos querían encontrar a esa mujer, lo presentía. Venían a buscarla para lastimarla, o para lastimarnos, ahora no sabía dónde esconderme yo.

Corrí desesperadamente por el pasillo, buscando un escondite, sin saber en qué habitación meterme, sentía pánico y el corazón me latía cada vez más fuerte.

De un momento a otro, empiezo a escuchar un sonido más. Una canción que no distinguía, pero sonaba conocida, por fin algo familiar.

Desperté, bastante agitada, transpirada y con la cama desarmada. Esa canción era la alarma para despertarme, la escuchaba en el sueño. Sentí alivio. Había sido una pesadilla. La estaba pasando muy mal.

Mi niñez en Arequipa

Francisco Andrés Anchayhua

A los catorce años en Arequipa, en el 2013, en el día del padre. Fue la primera vez que lo había probado y me gustó.

Empecé a estudiar en cuarto año de primaria del colegio San Fernando, en Argentina. Después que pasaron los años volví a Perú y lo que más extrañaba era la comida de Arequipa. Como caldo de gallina, arroz con chaufa. Ese arroz con chaufa en donde los ingredientes son: cebolla china, una bola de arroz, un paquete de pimientos y sillao. Con esos ingredientes solos, sale una buena comida peruana. Desde que la probé siento su rico sabor y dulzura. Nunca dejé de comerla.

Pasan los años y en Argentina me siento feliz de este nuevo comienzo pero, desde que llegué la seguí comiendo porque así estuviera en otro lugar lo que me importa es comer comida peruana. Nunca se dejó de comer, pero es una comida que los argentinos no han probado. Sé que en cuanto la prueben les va a gustar como a los peruanos. Hay diferencias, hay que probar nuevos sabores.

Un viaje único

ÁngelaAranda

Las vacaciones de invierno acababan de comenzar para Ángela y su madre Silvia, que normalmente las usaba para descansar ya que solo tenía cuatro semanas libres al año. Dos en verano y dos en invierno. Pero ese año quería hacer algo distinto, tenía el deseo de viajar.

Enseguida le contó la idea a Ángela, que claramente accedió sin dudar ni un segundo. Sería su primer viaje juntas, pero antes tenían que elegir su destino.

Sus opciones eran Córdoba, o las Cataratas del Iguazú. Finalmente se decidieron por i a conocer una de las siete maravillas del mundo y ambas fueron inmediatamente a comprar los pasajes.

Ya estaba todo organizado, justo como a Silvia le gustaba; saldrían en dos días con una empresa turística y se alojarían durante cuatro días en la zona de Brasil, en un bello hotel.

Las veintisiete horas que duró el viaje las utilizaron para charlar y dormir. Hubo un momento muy particular del trayecto, en el que ambas pudieron presenciar un amanecer tan rojo y tan hermoso como nunca antes habían visto. Pero lo que más le gustó observar a Ángela, fue la cara de fascinación de la mujer que le dio la vida.

Cuando llegaron, fueron a descansar para la excursión del día siguiente, que esperaban con muchas ansias.

Las expresiones de ambas dejaban en claro el encanto y la felicidad que sentían recorriendo las pasarelas sobre el agua, mientras miraban esas enormes cantidades de agua caer de manera brutal y a la vez hermosa. En ningún momento se borraron esas expresiones. En ese sentido son parecidas, ninguna puede ocultar sus expresiones o inquietudes.

No querían volver a la ciudad cuando sabían que la estadía estaba a punto de terminar. ¿Quién quería volver después de haber presenciado tantos paisajes hermosos?

Estando de regreso en su casa, miraron las fotos que habían sacado con sus teléfonos. Algunas desenfocadas, otras con cara de sueño, algunos videos grabados por error. Sin embargo, no borraron ninguno de esos materiales, todos formaban parte del recuerdo. Recuerdo de aquel viaje que sirvió para crear momentos inolvidables y para afianzar mucho más su vínculo.

Perdido en mí entorno

TobíasBordenave

Luego de los ruidos a la puerta, sentí los pasos de la persona entrando en la casa, por el sector de la cocina. Lo oía cansado, agitado, en busca de algo en particular. No lograba discernir qué anhelaba, hasta que mi oído fue inundado por sus gritos ensordecedores. Lo único que repetía era mi nombre.

Al oír eso comencé a volver sobre mis recuerdos. Sinceramente yo llevaba una vida tranquila, de igual manera que mi familia. Nunca, jamás atravesamos un conflicto el cual no pudimos remontar. Alguien había entrado a la fuerza en mi casa, posicionándose frente al ventanal. Sé que no es asunto mío ni mucho menos, pero de

las cosas familias que conformaban el barrio, “Los Duendes” era lo más conflictivo. No obstante, su hijo con el cual compartimos nada más el nombre, estaba total y completamente perdido en el eje de una persona decente. Las cosas frente a frente, dos nombres que coincidían, si eso se trataba de una confusión, sin lugar a dudas la suerte no estaba de mi lado.

Podría seguir describiendo a los vecinos, pero es necesario saber sobre los gritos abrumadores. Al intensificarse, la cual significaba que cada vez se encontraba más cerca, decidí huir del lugar en el que me encontraba. Elegí el único lugar oscuro y dominable desde adentro de la casa. Los nervios me ganaban, por mucho. Mis manos temblaban, aún más todavía. En caso de encontrarme no tenía dónde huir.

Se abrió una puerta, la cual se cerró con una intensa potencia y velocidad. Los pasos se hacían cada vez más fuertes. Los nervios me habían atacado de tal forma que al entrar en mi refugio olvidé apagar la luz. Esto significaba algo muy negativo, la sombra. Al cabo de unos pocos segundos, la puerta se abrió y la sensación que me atravesó no se puede explicar en palabras. Las siestas me hacen mal, y se me pasó el agua para el mate.

El deseado tuco

DavidCabaña

En aquel tenía nueve años momento. Brillaba el sol, hacía mucho calor. En el patio de la escuela tenía a mis amigos, Julio, Pedro y Teo. En el recreo otros compañeros me molestaban, pero no ellos tenían gomeras para que no me molestaran más.

Al retirarnos tenía media hora para llegar a la casa de mi abuela, entonces fui por un camino más corto. Apareció mi hermana, Julia, ella también iba directo a lo de la Nona. La Nona nos recibió en su casa. Es la mejor abuela del mundo.

Nos dijo que vayamos a la sala de televisión a mirar dibujitos. Tom y Jerry nos gustaba bastante. Pasaron dos horas y empezaba a oler algo bastante rico que venía de la cocina. Era el tuco.

Fideos con tuco y una pizca de pimienta. Cuando nos avisaron que estaba lista la comida todos nos preparamos para ir a la mesa a sentarnos. Distraído me doy vuelta y veo al gato comiéndose los fideos. Lo tuve que sacar con el más grande enojo.

Far West

Tomás Casamayú

Cuando era chico me gustaba mucho ver películas de vaqueros con mi papá y a menudo solía soñar distintas escenas ambientadas en el lejano oeste. Por lo general estos sueños se trataban de tiroteos en los pueblos o de peleas con los indios, pero hubo una vez que soñé que era secuestrado, y la verdad es que me asusté bastante.

El sueño comienza con la imagen de un bar. Yo estaba apoyado contra la barra, había un vaso medio vacío frente a mí y estaba hablando con dos hombres, ambos a mi lado, también apoyados en la barra.

En un momento escuchamos que uno de ellos era insultado por otro que estaba detrás de nosotros. Nos dimos vuelta y comenzamos una violenta discusión, la cual terminó en una de esas típicas peleas de borrachos que ocurrían en los bares del lejano oeste. Entre los tres golpeamos a este hombre durante unos dos minutos, hasta que un grupo de diez hombres entró al bar disparando en todas las direcciones. Uno de mis amigos fue alcanzado por una de las balas y cayó muerto en el acto. El otro corría hacia atrás, volteó una mesa y se cubrió con ella. Yo por mi parte, todavía sin entender como había esquivado todos esos disparos, salté por encima de la barra y me agaché del otro lado. Allí me di cuenta que tenía una pistola en el cinturón. La saqué, vi que tenía seis balas, le quité el seguro, tomé coraje y me asomé.

Sólo llegué a gatillar cuatro veces cuando ya me habían dado dos balazos, uno en el hombro derechos, que me imposibilitó volver a levantar el brazo, y otro debajo del tórax. Mientras caía me sentía bien y sonreía porque dos de mis disparos alcanzaron a dos hombres, y pude ver como caían al mismo tiempo que yo. El miedo comenzó cuando llegué en llegué al suelo y los ojos se me cerraron en contra de mi voluntad.

Cuando recuperé la consciencia estaba siendo arrastrado por la calle, y me metieron en una gran carreta blindada. Dentro de esta se encontraba mi otro compañero, sin

heridas de bala pero muy golpeado en el rostro, y una chica con el uniforme de moza. Yo no podía levantarme, no sentía las piernas, no me respondían, me dolía más la herida del hombre que la del pecho.

Se cerró y selló la puerta con clavos desde el lado de afuera. La chica, frustrada, intentaba abrirla a base de golpes que pegaba con todo su cuerpo, pero la puerta no cedía, y ella comenzó a sentirse cansada y lastimarse.

El carruaje avanzaba por un camino muy irregular, yo escuchaba las voces de los hombres del otro lado, pero no comprendía que decían. Sentía miedo, pero entendí que iba a morir y que no podía hacer nada para evitarlo, así que me relajé y cerré los ojos.

Me desperté muy transpirado y temblando, sabía que había sido un sueño, pero por las dudas busqué los agujeros de bala en el hombro y en el pecho, Fue muy gracioso, pero seguía asustado.

Más atada que zapatilla de machirulo

Lautaro Chechile

Hola, me llamo Juanita y voy a contarles mi preciosa y caótica mañana.

Todo comenzó ayer, día lluvioso de junio. Hacía un frío que te congelaba los ovarios. La lluvia me mojaba la cara y me salpicaba las zapatillas que le saqué a Octavio. El muy boludo todavía me sigue buscando.

Caminando para la facu me cruzo con mis amigos “los obreros”; a veces me dicen cosas que no me gustan, pero mi abuelita me dice que no son babosos y que sólo lo hacen porque soy muy bella. Así todo, yo también los puteo cuando se vuelan con los “piropos”. Justo ahí, es donde empezó mi mañana, con el viento de la lluvia, un póster publicitario me pegó en la cara; la gran oportunidad se me acababa de presentar de un modo bastante particular. Era un folleto donde buscaban personal para dirigir la radio de mi ciudad. Una de gran alcance que quedaría bonita escrita en mi currículum. Pero como todo tiene su problema, este tenía el suyo; y sí. ¿Adivinen qué? Ya estaba todo ocupado, todo cubierto por hombres, ni una mujer. ¡Ni una! Triste y cansada después de cursar volví a casa donde para el bajón me dejaron todos los platos sucios para

lavar. Los vasos llenos de manchas de mayonesa, los tenedores manoseados hasta el mango y los platos con restos de esa milanesa que se veía tan rica. Le pegué un mordisco a la milanesa y pensaba, ¡Somos 8 hermanos! ¿Por qué tengo que hacer esto yo, siendo la más chica? ¿Por qué yo? ¿Por qué soy la mujer? ¿La brujita? Como dice mi abuelita.

Llegué a la conclusión de que todo es una gran mierda y que todo está hecho para que el pelotudo triunfe y así avance y crezca y algún día como ahora, llegue a presidente. Entre pensamiento y queja me corté el dedo con un vaso roto que no sé porque mierda no lo tiraron. Con el anular sangrando voy hasta el baño y al abrir la canilla se acabó el agua. ¡Se acabó el agua! ¡La pija de mi padre! Corrí de nuevo a la cocina y me limpié con servilletas.

En eso suena el timbre. Era Octavio con facturas. Al fin una buena pensé. Le abro la puerta y me dice: “Que buena ama de casa che. ¿Siempre dejas todo a medio lavar? En ese momento mi casa se tornó en lava y antes de la puteada. Justo antes de que lo mande a la re mierda me dice: “¿No viste dónde dejé mis zapatillas? Y sin responderle, me eché a reír nerviosamente.

Profundo miedo

Brisa De Llamas

El día anterior vi muchas noticias de mujeres desaparecidas, que habían logrado encontrarlas a pesar de su intensa búsqueda. Me puse a pensar qué será de esos jóvenes, de su familia y me fui a dormir sin ningún tipo de explicación a mi preocupación.

Caí en un profundo sueño, y al despertar me encontraba caminando, creo que venía de la facultad a mi casa. Recuerdo que era invierno, lo recuerdo por el frío y porque en esa época suele oscurecer temprano. En ese momento no había demasiada gente en la calle, me calcé los auriculares para no escuchar nada que no quisiera y no paré de caminar.

Recuerdo que estaba por llegar, sólo me faltaban dos cuadras. Al cruzar la calle un auto negro con vidrios polarizados se interpone en mi camino. Intenté seguir

avanzando aún más rápido, pero a los pocos segundos sentí que un hombre me agarraba detrás, dejándome inmovilizada, me sube al coche y de ahí en adelante ya no recuerdo nada más.

Cuando logro despertar y recuperar mi consciencia, estaba desorientada, en un cuarto oscuro, era chico y no había más nadie. Tenía miedo, no entendía lo que sucedía. Luego de un momento empiezo a escuchar pasos y voces, personas charlando alto, como si estuvieran nerviosas. Imagino el secuestro de una chica desesperada, que quiere huir, y grita tan fuerte que duele pensar lo que le estuvieron haciendo. A lo lejos escucho autos, como si estuviéramos en una ruta, también oigo voces y el ruido de un martillo, algo grave pasaba.

Llegó un momento donde todo queda en silencio, la chica ya no gritaba, había sucedido lo peor, se había ido. Logré ver que los hombres que nos tenían ahí la tenían en una caja, para deshacerse de ella, sin ningún tipo de remordimiento.

Ahora me tocaba a mí, abrieron la puerta y me dieron agua, sólo había sido un susto, temía por lo que fuera a pasarme. Luego de tantos intentos logré desatarme y al no escuchar ruidos decidí huir. Me encontré con la nada misma y de la desesperación empecé a correr, fui a la ruta a pedir ayuda. Un auto frena y muy nerviosa intento pedirle que me saque de allí. Cuando baja y le veo el rostro me desmayé del miedo. Miedo porque era él, ese monstruo que me había llevado allí, a ese horrible lugar.

Sólo quería volver a mi casa, no quería ser una más del montón, ni yo ni nadie más. De repente despierto empapada, desesperada y con el mismo miedo que segundos atrás.

Tierra de campeones

Juan Manuel Fernández

Era un día nublado, opaco, pero la emoción, ansiedad y nervios, propia de la final que se aproximaba, hacía que por más que no estuviese lindo sería un día para recordar.

Salí de mi casa en bicicleta para la cancha, la distancia es de diez o quince cuerdas, cada pedaleada era hecha con mucha alegría.

Pachi, nuestro entrenador, nos juntó en el vestuario. Nos habló sobre todo lo trabajado en la semana, calmó a quienes estaban muy nerviosos. Cosas típicas que ocurren en un vestuario futbolero.

Al ser una final, el partido era importante, pero que sea nuestro clásico, le daba ese bonus que te condenaba a la gloria o al padecimiento.

Saltamos al verde césped y nuestra presión terminó de saldarse cuando a modo de cierre, Pachi nos dijo “disfruten y sean felices”.

El encuentro comenzó, éramos chicos de doce y trece años invadidos por nervios, pero haciendo lo imposible por ganar.

Ellos venían con ciertos aires de ganador, porque contaban con ventaja en caso de empatar, por haber terminado por encima nuestro en la etapa clasificatoria.

La cosa no arrancó de la mejor manera. Inesperadamente perdíamos uno a cero. Éramos ampliamente superados, estábamos paralizados. No dábamos pie con bola. Solo queríamos que termine el primer tiempo.

Luego de una larga agonía llegó el tan ansiado pitido del árbitro.

El vestuario era una mezcla entre tristeza y bronca. Lo trabajado en la semana no estaba saliendo.

Comenzó el segundo tiempo y con él, la esperanza de darlo vuelta. El partido seguía muy trabado, la pelota era imparable, no solo por la ansiedad, sino también por los pozos característicos de una cancha del interior, un verdadero potrero.

A los veinte minutos Chelo, el delantero de nuestro equipo metió un cabezazo directo al ángulo y empatamos.

Este gol nos dio fuerza, ahora estábamos con todo, ellos esperando el final.

Para ser un poco más épica esta final, comenzó a llover. Faltando minutos para terminar, Nacho, que jugaba del clásico ocho, me pasa la pelota. Me doy vuelta para rematar. En ese momento siento la patada del arquero, son esos golpes que te dan alegría, por lo menos en ese momento, porque automáticamente después de esa acción, se escuchó el pitido del árbitro cobrando penal.

Agarré la pelota decidido a patear y ante cualquier pedido de otros compañeros, mi contestación era “me lo hicieron a mí, yo lo pateo”. Excusa clásica en un nene de doce años pero que en ese momento era tomado por el resto como una regla.

Apoyé la pelota para patear, se podía sentir ese olorcito a tierra mojada. Caminé hasta esperar la orden del juez mirando la pelota. Sintiendo el clima que se percibía en la cancha. Todos pegados al tejido, a pocos metros del banco, esperando el tiro.

El árbitro sonó su silbato y pateé. La pelota terminó entrando por debajo del arquero, quien se había tirado al palo derecho. De esta manera y gracias a eso, ganamos el partido. Salimos campeones.

Pese a que ellos llegaban como los candidatos a ganar, pese a todo nerviosismo, pese al mal clima, pero al final eso último formó parte de ese momento nostálgico. Cada vez que siento el olor a tierra mojada, me lleva a recordar momentos de mi infancia, ese penal, pero por sobre todo esa final.

La que más importa

Luciana Gerardi

-De prisa, de prisa, o será demasiado tarde- Le grité.

Y en ese mismo momento aquel extraño muro se cerró detrás nuestro y el salón de tapices quedó desierto.

Virginia, pobre niña, estaba tan confundida, no sabía dónde estábamos, podía notar como su pequeña mano que se encontraba entrelazada con la mía, comenzaba a sudar. Intenté relajarme, no había nada de qué preocuparse, luego se dará cuenta que después de todo, no fue tan malo.

El cuarto se encontraba oscuro, lo único que posibilitaba nuestra vista era la blanca y brillante luz de la luna que nos rozaba la piel a modo de caricia. Miré a Virginia a los ojos, el temor y el desconcierto no abandonaban su mirada, aunque al momento de compartirle una sonrisa y capturar sus pequeños brazos, el acto comenzó a fluir.

El suave canto de los pájaros y el abrazo del viento nos acompañó hasta el último segundo. Nuestras remeras habían abandonado nuestros torsos, nuestros labios se unían como piezas de rompecabezas, encajaban perfectamente.

Nuestros suspiros y jadeos llenaban la habitación, nuestro sudor sobre el del otro. Prendas de ropa se encontraban apiladas a nuestro lado. Sabía que este momento

cambiaría la vida de Virginia. Nuestros cuerpos unidos como uno solo. Su cuerpo joven no hacía más que hacerme querer más.

Me desperté y lo primero que vi fue su rostro y cabello alborotado. Le di un beso, uno inocente. Virginia se despierta, noto una mueca de confusión en su cara, inmediatamente se levantó y se marchó. Lo único que espero es que siempre me recuerde como su primer hombre.

Por el placer, la paz

Lautaro Larralde

El fantasma y Virginia, con su vestido desgarrado, recordaron la profecía tan conocida. Las palabras del no vivo rondaban la cabeza de la muchacha. “Contra la fuerza de una niña no pueden nada las potencias infernales”. Luego de afrontar el camino, con las más serias advertencias para la chica, se enfrentaron en un muro.

La barrera de roca desapareció frente a ellos. Ingresaron a la caverna donde no entraba ni el más fino halo de luz. La profecía lo decía todo y el beso de los candentes labios del fantasma no fue circunstancial. El rito comenzó. Una nebulosa transitaba el cuerpo, la mente, el alma de Virginia, en un éxtasis desenfrenado; desataría sus virginales labios una ración, una ración como la que ella, gran rubia, haría brotar de los labios del pecador.

Sensaciones que no conocía pasaron por su joven, sedosa y blanca piel. La casa estaba por recobrar la tranquilidad. La paz, momento a momento, era más inminente. El almendro estéril debía dar fruto, y así fue. El cuerpo de la joven se ruborizó; antes tibio, ahora hirviendo. Sus mejillas estaban incandescentes, de sus nalgas a su nuca corrió, como un rayo, un escalofrío, una cosquilla, un sentir nuevo. Allí, su carnoso y gentil ser se sacudió acompañado por la sinfonía de raciones de la blonda y el impío. El árbol dio fruto. La niña dejó correr su llanto, llanto de gozo, uno que nadie nunca lloró antes. Entonces la paz volvió a la caverna igual que a la casa. Profundos mutuamente yacían ambos luego del festival de deleites. Un cofre de joyas fue el regalo de espíritu para Virginia. Pero ni todo el oro azteca podría valer más que la pequeña y frágil joya de la dama, joya que por unos minutos fue posesión del

fantasma, haciéndolo dichoso. Tal vez, el más dichoso de estos mundos. No lo olvidaría. Virginia tampoco. Aquel festín de placer sería borrado, jamás sería la misma. Había vuelto a nacer.

Costos y beneficios

Luciana Larran

Y entré, no sabía hacia dónde me llevaba pero lo seguí igual, de vez en cuando él giraba la cabeza para mirarme, para sentir mi seguridad, y yo sólo podía pensar en el beso que me había dado, en cómo había acercado su cuerpo al mío, y cómo pasó de ser bruma a tener solidez, cómo nuestra cercanía había generado una línea de fuego entre ambos, que con cada paso que daba se intensificaba más y más.

Llegamos a un cuarto que tenía un sillón, una chimenea en frente y una alfombra entre ellos. Sentí un leve dolor en mi labio y me di cuenta que me lo estaba mordiendo para contener el deseo que me estaba consumiendo.

Lo miraba como antes, pero ahora lo podía ver. ¿Qué hacer? ¿Qué no? ¿Es lo que quiero? Sí, desde el beso estoy segura, pero tengo miedo.

Estiro la mano para acariciarlo, pero me freno, no puedo pero quiero. ¿es posible sentir algo así en tan poco tiempo? ¿Qué me está pasando? El corazón nunca me latió tan rápido, de tal manera que tenía miedo que él lo escuchara.

Cerré los ojos un segundo, mi respiración agitada iba en sintonía con los latidos, no podía calmarme, tampoco lo quería hacer.

Otra vez estiro la mano y esta vez lo toco, él se da vuelta y me mira, pero noté que ahora también me veía. Se acercó con sus ojos fijos en los míos, me acarició la mejilla y me dio otro beso. Ahí lo sentí, conecté, conectamos, parecía que siempre nos estuvimos buscando.

Quería abrazarlo, tocarlo y abrazarlo de nuevo, no me alcanzaban las manos, ni los movimientos eran suficientes. Tanto tiempo lo estuve esperando y no lo sabía. El miedo desapareció y todo fluía.

Nos sentamos en la alfombra enfrentados, mirándonos. Él estiró su mano y me acarició desde el lóbulo de la oreja, bajando por el cuello hasta mi clavícula. Sus dedos

fríos complementándose con el calor del fuego me producían escalofríos directo en partes del cuerpo donde nadie lo había logrado, excepto yo.

Un beso más, el contra mí, y estaba sentada encima de él.

Con sus labios recorría cada parte que me había tocado y sentía que no lo soportaba más. Exploté, y entre mis palabras sin sentido, él se desvaneció.

La primera persona que me enamoró

Camila Madariaga

Un 2 de julio de 2017, fue mi viaje de egresados a la ciudad de San Carlos de Bariloche, puedo decir que fue el mejor viaje de mi vida.

Cuando al fin llegó el día, mis papás me acompañaron muy emocionados al aeropuerto. En el avión rumbo a Bariloche, conocí a un chico llamado Marcos. Al momento que lo vi, quedé enamorada, es un pibe súper romántico de una hermosa y gran sonrisa, totalmente diferente a mí que no soy para nada romántica.

Al quinto día los dos ya estábamos muy unidos, habíamos pegado muy buena onda. En este viaje empecé a creer en el amor, quizás era la magia de ese lugar. El problema era que él es de La Plata y yo de Temperley, pero no le dimos importancia y seguimos disfrutando de haber coincidido en este viaje tan esperado para nosotros.

El último día en Bariloche para esta historia de amor fue un poco triste, porque no sabríamos si íbamos a poder vernos o solamente fue algo de diez días, por la en la que uno vivía del otro.

Pero lo mejor de viaje de egresados no solo fue conocer el amor, sino el hecho de conocer gente nueva y hoy en día llamarlos amigos.

Al llegar a mi casa con mi familia un diez de julio, les conté muy contenta la magia que tiene ese lugar, Bariloche, que no solo es joda el día, sino, que aprendes lo que es la amistad, el amor y aprender a querer hasta amar.

Pero esta historia de amor no terminó, hoy en día estoy estudiando en La Plata y sigo coincidiendo con ese chico de una hermosa sonrisa que conocí ese dos de julio de 2017.

Una tarde no tan agradable

Camila Manso

Era una tarde de otoño, el viento hacía bailar las hojas y las sensaciones internas se entrecruzaban por lo que podía pasar.

—¿Qué tal, Ana? ¿Cómo te fue hoy en el trabajo?— dijo Victoria

—Buenas tardes, señora Victoria. Bien, gracias. Perdón por la tardanza— se avergonzó por eso, pero Victoria era amable y quizá la única que la trataba con tanto cariño.

—Muchacha, no hay por qué pedir perdón, ¿se ha solucionado lo de tus papeles?

—Oh, quisiera tener buenas noticias, pero la verdad es que no, esta tarde vi que revisaban a todo el que pasaba.

—Lamento oír eso, pero tengo que irme, sólo hay que ordenar el cuarto, adiós.

—Adiós, que pase una hermosa velada— dijo Ana. —Por la puerta principal entró el señor Williams con cara de disgusto, como si algo terrible hubiera ocurrido.

—Buenas tardes, señor Williams— dijo Ana.

—No son buenas, querida. Tengo terribles noticias, tiene que irte— dijo en voz baja Williams.

—Pero, ¿por qué? ¿qué sucedió?— respondió Ana.

—Sólo márchate, toma tus cosas y vuelve a algún lugar en donde tengas familia.

—Todos están lejos, pero mi iré de todos modos y agradezco su aviso— dijo Ana.

Esa tarde se marchó a cualquier lugar, sin destino. Fue una de las pocas personas que pudo inventar otra vida.

El momento que jamás esperé

Pilar Manso

Me tomó de la mano y me llevó a una habitación oscura que tenía tan solo una ventana. Allí nos sentamos, me pidió ayuda para poder liberarse y de una vez por todas descansar en paz. Para ello haría cualquier cosa. En aquel momento puso sus manos frías y extrañas en mi cabello rubio, liso y sentí un escalofrío por todo el cuerpo. Y en ese momento me asusté de lo que estaba sintiendo hasta que de repente ese escalofrío se calmó y tuve un instante de temor. Muchas cosas me pasaron por la cabeza, mi corta edad, mi familia podía pensar si se enteraba de ese momento con él.

Su mano fría bajó hasta mis hombros y mi pelo se volteó hacia atrás por una bocanada de aire. Luego en la otra punta de la habitación parecía haber un plato con carne podrida, cuando miré otra vez a donde estaba el fantasma, la incomodidad se apoderó de mí al sentir sus manos frías y pálidas sobre mi rodilla al mismo tiempo que sentía una satisfacción inmensa y el miedo se fue. El fantasma quedó conforme al ver que ella estaba disfrutando ese momento.

De repente mi padre interrumpió en la habitación y cuando me di cuenta el fantasma había desaparecido. Comprendí que se fue cuando pudo cumplir su objetivo, todo al fin había terminado.

Naturalizando la rutina

Valentina Mayoraz

Es un buen comienzo si sé que en mis planes, los jueves, figura en mi cronograma un fútbol cinco con mis amigos. Mi ritual con su mística. Pero, previamente por el mediodía mi mamá pasó su tiempo cocinando para la familia. Ella sabe que solo puede arruinar mi humor si mi habitación la encuentro en desorden. Mi único problema es asumir la predecible discusión con mi hermano por el mando de la PlayStation. Pero finalmente, nada que una cerveza con mi papá en el bar no puedan arreglar.

En el transcurso de la tarde me entretengo conversando con dos chicas por celular, a la que recientemente se sumó una nueva a mi lista. Tengo otra en la mira, y a la quinta estoy por dejar. Por la noche en mis encuentros de soledad y con la almohada, sostengo, que soy un apasionado de mi rutina.

La parte estresante es cuando tengo que terminar con una, es un trámite para mí. Además, saber que se aproxima el debate con mi hermana mayor, los cuales concluyen con mis oídos en piloto automático y mi cabeza en off. Siempre diciendo la misma frase: “No podés ser así”. Algo que nunca comprendo a qué se refiere.

La número cinco parece enganchándose. No la quiero lastimar. Pero tampoco deseo algo serio. Me contaba con frecuencia, y a veces me siento invadido por sus preocupaciones. ¿Qué es eso de ir juntos al cine? Eso está en otro nivel.

Como de costumbre recurro a mi consejero y amigo. Cada vez que lo oigo, no sé por qué, pero habitan en mi mente los dichos de mi hermana.

Pude dar un corte a eso que venía dando. Aunque sé que si me aburro ella es una buena opción. Siempre vuelve.

En fin, mi única preocupación es el orden de mi rutina, los jueves y mis chicas.

Su aroma

Larissa Melo Rossi

Todas las mañanas que mi niñera llegaba, con ella entraba su perfume. Era una mezcla de olores. Se juntaba el aroma de alguna flor y el perfume para la ropa. El algo único, pero también se puede oler muchas veces en el día sin cansarte.

Ella me cuidó desde que nací hasta los tres años, todos los días. Es una mujer muy dulce, sin maldad. Tiene una armonía que trasmite paz, desde que tengo recuerdos y hasta el día de hoy sé que cuando la extraño tengo que ir corriendo y agarrar la ropa limpia.

Unos meses antes de mi siguiente cumpleaños se fue a vivir a Buenos Aires, yo sentí que me había abandonado, pero también sabía que iba a volver de vez en cuando a visitarme.

No entendí por qué ella se fue y me dejó, pero lo que sí sabía era como sentirla cerca sin tenerla al lado mío.

Crecí y comprendí todo. Supe el porqué de su ida y la entendí.

Para ella tampoco fue fácil dejarme, también sintió que me estaba abandonando.

Hoy hace más de diez años que no vivimos cerca, pero cada vez que siento ese olor me acuerdo de ella instantáneamente. No solo me marcó su aroma sino también su tonada, es una voz suave y delicada.

El día de que ella me abandone de verdad, cuando ya no la tenga a kilómetros de distancia, al instante que me haga falta voy a ir en busca de la ropa limpia, como ella alguna vez me enseñó a sentirla cerca.

Escapando de la prisión

Catalina Pace

Otro día más teniendo que bancar a los imbéciles en el colegio, es lo único que pienso ni bien me levanto. Me resuena en la cabeza los comentarios diciendo que soy maricón, que me gusta el pito y que tengo que jugar al fútbol como todos, o la mayoría, lo hacen. No me entienden y ya estoy cansado de explicar que simplemente no me gusta ese deporte nefasto. Lo único que hacen los jugadores es prepararse para estar lindos frente a las cámaras, sin esforzarse en más que ir a la peluquería a hacerse una y otra vez los mismos peinados que están a la moda.

Respiro, salgo de la cama y me cambio. Voy al baño, hago mis necesidades, me lavo los dientes y vuelvo a la habitación. Agarro la mochila y sin desayunar arranco mi recorrido a la prisión, sí, así decidí empezar a mencionar a la escuela. Ya caminando, escucho a dos o tres personas criticándome, a lo que sin contestar decido seguir. Saco el celular, preparo la música y auriculares para no sentir más las ofensas que a diario tengo que bancar.

Antes de entrar subo el volumen de la canción, realmente no los quiero escuchar. Llegué y directamente fui al salón. Ni bien abro la puerta encuentro en el banco donde siempre me siento, un papel con un dibujo. Decía, “jugas al hockey por puto y cagón”. Al lado había una caricatura mía con una banana en la boca. Agarro el papel y con mucha bronca voy a hablar con el director que no hace más que ponerles unas pocas amonestaciones, que de nada sirven para quienes me habían dejado ese regalo de mal gusto.

Me escapo de la prisión corriendo, mientras derramaba un par de lágrimas, estaba cansado. Llego a casa agitado tras correr las diez cuadras. Mamá me abre la puerta y sin decirme nada me abraza, ya sabía lo que me estaba pasando, se lo había ducho hace un tiempo cuando todo este sufrimiento arrancó. Fui a mi habitación a seguir llorando y maldiciendo la escuela, y minutos después fue de nuevo a consolarme. Apareció con una hoja, tal vez la hoja que en ese momento necesitaba. Mi madre, solucionadora de mis problemas, había logrado cambiarme de colegio. Por fin se terminaban los días de mierda, o por lo menos eso esperaba.

El cálido beso de la muerte

Carlo Fabián Peñaherrera

La fiesta ya estaba acabando, la mayoría de las personas ya se habían retirado de la mansión y Silvia suspiraba aburrida en uno de los balcones. No había entablado ni una sola conversación interesante con nadie, excepto con el desconocido y misterioso propietario de la mansión, Sir William o Billy, como había insistido que lo llamara. Era un poco extraño llamar Billy a alguien de su edad, ya que debía rozar los cincuenta años.

Mientras se encontraba divagando en sus pensamientos, no se percató que la figura de Billy había aparecido en la puerta. Se acercó como una sombra, casi imperceptible, se posó a su lado y le susurró palabras que nadie le había dicho, palabras que jamás pensó que alguien le diría. La tomó de la mano y la llevó adentro de la mansión.

El balcón había desaparecido a sus espaldas. A medida que sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad, Silvia pudo divisar que entraban en una habitación con una enorme cama matrimonial. El gélido viento que azotaba su piel en el balcón se transformó en una cálida brisa perfumada. Al centrar su atención en el interior de la habitación no se dio cuenta que la apariencia de Billy comenzó a cambiar. Poco a poco estaba rejuveneciendo, su aspecto demacrado y espectral iba desapareciendo mientras el reloj de su cuerpo regresaba varios años en el tiempo. La regresión se detuvo cuando alcanzó una edad aproximada a la de Silvia, quizás unos cuantos años de más.

Se quedó anonadada, no podía creer que el alto y apuesto joven que la estaba tomando de la mano fuera el mismo.

-Supuse que te sentirías más cómoda con esta apariencia- Le dijo mientras en su rostro se dibujaba una de las sonrisas más dulces y reconfortantes que había visto en su vida. No pudo evitar sonrojarse. Al notarlo, le devolvió una sonrisa, sólo que esta vez un poco más pícaro y seductora. Esto hizo que su rubor se convirtiera en una sensación de calidez que fue bajando suavemente desde sus mejillas hasta su pecho. La guió hasta la cama.

—Siéntate por favor—. Parecía más una súplica que una orden. —Quiero que estés cómoda-

Se sentó en la cama apoyando sus manos sobre la suave sábana de terciopelo que acariciaba la piel de sus dedos. Entonces su mirada se encontró con la de Billy. Pudo ver en sus ojos el deseo y la pasión que sentía. Él levantó su mano y acarició su mejilla con delicadeza hasta llegar al mentón. Silvia inconscientemente abrió la boca soltando un suspiro mientras cerraba los ojos. Sintió como algo cálido y húmedo se frotaba alrededor de sus labios hasta introducirse dentro de su boca con firmeza y seguridad. Sintió sus labios presionarse contra los suyos, eran tan suaves como el terciopelo. El sopor que generaba el masajeo de su lengua hizo que poco a poco perdiera el conocimiento y se recostara en la cama. Las manos de Billy se resbalaban por sus piernas hasta llegar al final de la falda del vestido. Le agarró los tobillos, era un agarre firme pero no fuerte, poco a poco sus manos se deslizaron hacia arriba. Silvia sentía que no quedaba ni una sola parte de su piel que no fuera acariciada por esas manos. Sintió como los dedos apretaban sus muslos y separaban sus piernas. Billy acercó el centro de su cuerpo al de ella el cual lo recibió con todo el calor que él había causado. Fue solamente cuando se unieron que ella se percató del frío que emanaba el cuerpo de Billy. Como si estuviera muerto.

La venganza no siempre es dulce

Melina Pirotti Sioli

El sábado salimos con los pibes. Éramos Joaco, Benja, Bauti, Pancho, el Puchi y yo. Habíamos comprado dos fernet y con dos cosas y teníamos un vodka y medio que había quedado del finde pasado. Bauti había comprado un cajón de cervezas. La idea era rompernos todos. Y así fue.

A las 2:00 am ya estaba destruido pero recién a las 3:00 am arrancamos para el boliche. De todas maneras, seguí tomando y le agregué unas flores para poder terminar del todo puesto. Quería romperme como nunca, porque la puta de mi novia, me había cortado antes de ayer.

Llegamos al boliche y no podía mantenerme de pie. Me rescaté un poco para que me dejaran pasar. Según los pibes, apenas entré, arranqué a dar vueltas y perdí a la banda. Quise encontrarlos, pero no pude.

En medio de la búsqueda vi a mi ex abrazada a un pibe. La agarré de los pelos y le empecé a gritar infinidades de groserías: que era una zorra, que no le duró ni dos días la tristeza, que se merecía morir la forra.

Después de esto, me di cuenta que era el primo con quien estaba, o eso creí. Salí corriendo. De todas maneras quería que me vea ella y el resto de mis conocidos como miles de minas, así quedaba como un fenómeno.

Me comí a dos o tres pibas, no me acuerdo muy bien pero me las chapé. Y se la apoyé toda. Lo positivo acá era que todas eran trolas y se dejaban. Buscando la próxima, me encontré a una chica que odiaba mi ex. Cerca de ella estaban las amigas de Clara, por lo que supuse que ella en cualquier momento iba a aparecer. Era situación perfecta y estaba seguro que la mina me iba a dar bola, no sé si porque me tenía ganas pero la iba a complacer, hacerla sentir mal a mi ex.

Entonces la empujé hacia la pared y me la empecé a comer. Estábamos desaforados. Miré al costado y la vi a Clara con los ojos llenos de lágrimas. No tenía noción de lo que estaba haciendo, por lo que aproveché a seguir besándola y tocar, con gran intensidad, todo su cuerpo.

Cuando terminó el boliche, me fui con esta chica. Clara me vio. Me le reí en la cara, tomé de la mano a su enemiga y seguimos caminando.

Apenas subimos al auto, empezamos a coger. Lo hacía bien pero como el pedo empezó a desaparecer, me di cuenta de la situación y no me generaba nada. Miraba el techo.

En un momento me la saqué de arriba, le dije que se bajara del auto y arranqué a las chapas. Comencé a llamar a mi ex pero, como era obvio, no me atendía. Me quería matar. Lo único que tenía en mi mente era ella y de la bronca que tenía, cada vez aumentaba más la velocidad. De repente, todo se puso blanco.

Ahora, estoy en la sala de un hospital con una pierna quebrada, pensando lo estúpido que fui. El amor de mi vida podría estar acompañándome y sin embargo, nunca en su vida querrá volver a mí.

Caja de cristal

Doménica Proano

Escucho silbidos muy a lo lejos de mí, como si estuvieran cerca y ahora se alejan de forma burlona, como si supieran que yo no sé.

Un olor a humedad inunda mi nariz y me hace darme cuenta de que tengo mis ojos cerrados, intento abrirlos pero no me lo permiten. Levanto mis brazos y siento lo que parece una ventana, giro hacia un lado pero me golpeo la frente con un vidrio congelado. Hasta que logro abrir mis ojos y me encuentro atrapada en un cuadrado de cristal, son la luz de una linterna tirada en el piso junto a una llave oxidada de acero, me veo descalza y sucia, como si me hubiera revolcado en la arena. Golpeo el cristal pero todo lo que veo es oscuridad fuera de ella, como si yo estuviera dentro de una caja y a su vez dentro de una habitación solitaria, olvidada en el vacío de algún lugar.

La angustia me golpea de pronto y el eco de mis gritos pareczo escucharlos solo yo, comienzo a golpear el cristal con esperanza de romperlo pero me exalto y me falta el oxígeno, un ruido estruendoso me hace soltar, pareciera una cañería muy vieja, entonces un agua helada me moja los pies.

Le doy un puñetazo al cristal y una pequeña grieta se forma pero sin explicación desaparece segundos más tarde, mis fuertes jadeos se hacen débiles a medida que el agua sigue subiendo.

Me abrazo a mí misma y la linterna ahora en manos comienza a temblar acompañándome. El frío en mis manos me impide moverme y pronto me encuentro

flotando, mis pies ya no tocan el piso, mi respiración cada vez es más lenta y mi visión se nubla a cada minuto.

El sonido de mis dientes chocando es lo único que se escucha hasta que de nuevo aparecen los silbidos, muchos silbidos de pronto se escuchan, pero no parecen querer ayudarme.

Parece que vinieron a ver el espectáculo.

El peor viaje de mi vida

Roberto Carlos Racedo

El joven Pablo era un abogado de profesión, tenía 32 años y le gustaba mucho viajar y conocer lugares nuevos para él.

Un amigo lo había invitado a viajar en un crucero y Pablo le respondió que sí inmediatamente, que por cierto los viajes en barco eran lo que más le gustaban. Él no sabía el destino al que se dirigía, sólo sabía que iba a viajar en crucero.

A mitad de camino, aproximadamente, el barco se apagó y lentamente comenzó a hundirse. Los pasajeros a bordo comienzan a preguntarse qué estaba pasando. No encuentran respuesta de lo sucedido y uno a uno comienzan a tirarse del barco. El joven Pablo desesperado, no sabía qué hacer y decide lo mismo que la mayoría y se tiró al mar.

Todas las personas desesperadas gritando, no sabían nadar y quedarían esperando que los vengan a rescatar. Pablo y un joven más llamado Mauro decidieron comenzar a nadar y ver si encontraban una isla o un lugar donde permanecer.

Ya habían pasado 11 horas aproximadamente, seguían nadando.

—¡Basta!—le gritó Mauro a Pablo. —Hasta acá llegué, no puedo más.

Sin embargo, Pablo insistía en seguir nadando un poco más. Él estaba convencido en que iba a encontrar un lugar donde refugiarse. A pesar de eso, Mauro no estaba de acuerdo y sabía se iba a morir. Él cambió su rumbo y se despidió de Pablo.

Seis horas después, Pablo alcanza a ver algo de arena. A medida que va llegando, se cuenta que es una isla. Llega muy cansado y se tira a la arena a dormir. Cuando despierta, ya era de noche y no se había dado cuenta que estaba todo oscuro. A la

media noche sintió ruidos extraños y le agarró miedo, cuando de repente lo golpean por detrás y muere al instante. Todavía no se sabe nada de él y lo siguen buscando, pero no dan con su paradero.

Las pesadillas te muestran realidades diferentes

Antonella Risso

Ella estaba dormida y siempre sufría de pesadillas. Ese día pensó que después de tanto tiempo iba a poder dormir sin miedos y tranquila.

Cada una de sus pesadillas terminaba cumpliéndose, haciéndose realidad el mismo día, días después o cuando se despertaba, enterándose que lo que había ocurrido en la pesadilla, había pasado. Aunque a veces no sabía o no podía distinguir si era realidad o una fantasía.

Esa misma noche le pasó algo que nunca le había ocurrido y tampoco creía que iba a pasarle lo más feo que le puede suceder a una persona.

En su pesadilla aparecía un pasillo, oscuro, lleno de bichos, herramientas tiradas y olor a viejo, sucio, de fondo se veían movimientos raros, una sombra como si fuera una persona tratando de construir algo. Esa imagen se acercaba cada vez más, hasta que llegó al lado de ese hombre viejo y con la cara cortada. No tenía pelo, pero si mucha barba y daba mucho miedo.

Lo que ella no podía entender de esa imagen era quien estaba con ese hombre. Miró hacia el costado, en ese pasillo oscuro vio a una joven dada vuelta, a la que no se le podía ver la cara. Al lado de ella vio un cajón del tamaño de una persona, eso es lo que le construía el señor. Quiso despertar y no pudo, toda su imaginación se puso en negro, no lograba ver nada. Se empezaron a escuchar ruidos de un cajón cerrándose, clavos y martillazos muy altos, de fondo una chica que gritaba sin parar y gemía queriendo escapar con mucha fuerza, y ahí se dio cuenta que era ella la que estaba en ese cajón sin salida, llena de ruidos y queriendo escapar.

Mi peor noche

María Paula Romero

No quería ir a la fiesta, pero fui resignada. Mis amigas me obligaron. No fue una buena noche, me crucé a mi ex. Me acosté pensando que todos los malos pensamientos se me pasarían a costa de un par de horas de descanso.

Estaba sobrepasada, finales, peleas en mi casa, no había sido una buena semana. Al fin y al cabo necesitaba dormir. Mi cabeza no paraba de pensar en que me había cruzado a la última persona en la tierra que quería ver. La fiesta había terminado en una situación horrible, mi ex, Agustín, me había querido encerrar en el baño para retenerme y que no me pudiera ir. Gracias al universo, y a todo el mundo, no pasó a mayores. Me fui a casa sana y salva. Sin darme cuenta me relajé y caí dormida.

Empecé a tener una pesadilla, creo que la más fea de mi vida. Todo comenzó con empezar a escuchar grillos, sabía que era de noche, pensé que estaba encerrada. Y sí, lo estaba. No me podía mover, escuchaba cómo clavaban sobre algo, que a mi parecer, entre el miedo y la desesperación, era madera. Lloré desesperada, chocaba mis manos sobre algo que se asimilaba a una puerta, construida con distintos materiales.

Miré a mí alrededor, había residuos, cosas viejas y sólo una ventana, que para mi ventana estaba sellada sobre el marco. Mi única escapatoria estaba tirada por borda. De un momento a otro sentí que me desvanecía y me golpeaba contra una madera filosa tirada a un costado mío. Desperté y supe que había sido solo una pesadilla.

Sentí en mi cabeza un dolor muy grande que me hacía retorcer en mi cama. Cuando me toco, descubrí una herida profunda en ella. Pienso, ¿verdaderamente fue una pesadilla?

Opuestos atraídos

Gabriela Saavedra

De pie frente a ti, estuve inmutada por la situación, conmocionada por el orden de los sucesos que nos llevaron hasta este punto; lo que disfrutamos al cumplir cada paso con devoción para trazar un mapa que abarcara todos nuestros extremos tangibles.

Se cayó desde la ropa hasta los prejuicios y allí estuve brillando como Venus, siendo la más hermosa a mi manera, no me importaron las advertencias, aposte mis posibilidades y mi amor a mí misma ante cualquier novedad. Me fui, brillando, salvada...Aunque fui a salvarte a ti.

No puedo imaginar mi vida si ese momento de debilidad, si acertijos, espantos, no puedo concebir la vida sin lo perecedero, sin obstáculos. Al final, me fui brillando, y lo seguiré haciendo, como todas las piedras preciosas de ese pequeño cofre. Teñidas de tonalidades destellantes que hacen memorándum del día; el momento en que reconocí los matices y los extremos entre lo caliente y lo frío, la carne del hueso, lo bueno y lo malo, la vida y la muerte.

Nunca pensé estar en el mismo lugar, con los más delicados querubines y los demonios monstruosos que arden en el infierno. Allí donde se confundían los gritos de los gemidos y lo nauseabundo con lo angelical.

Me quedé con las manos frías y el beso ardiente que selló mis labios de lo que pasó aquel día en la alfombra.

Perdido en mi entorno

Tomás Saghessi

Rápidamente abrí los ojos, me quedé unos segundos tieso en la cama pensando y analizando mi entorno, era mi casa, pero sin embargo sentía una sensación de mal estar, como si no conociera mi alrededor, como si fuera huésped de mi propio hogar.

Todo lo que me rodeaba se encontraba silencioso, sólo se podía oír el sutil ruido del viento chocando con las ventanas. Decidí levantarme y explorar mi hogar, quería saber si había alguien en casa.

Salí de mi habitación y me dirigí al comedor; me encontraba un poco asustado y aturdido por la manera de despertarme, no sabía ni siquiera la hora que era.

Al poco tiempo de inspeccionar el comedor, me sentía más tranquilo, cuando escucho un fuerte ruido en el piso de arriba. Yo, asustado pero curioso, quería saber qué fue lo que provocó dicho ruido. Decido subir las escaleras con la mayor sutileza posible, es mi hogar, sé cómo hacerlo.

Abrí la puerta de la habitación de mi hermana con lentitud, mientras lo hacía notaba que la luz estaba apagada, supuse que mi hermana dormía pero de igual manera la encendí.

Y fue entonces cuando vi a una persona de un tamaño indescriptible, era demasiado grande, quedé en shock. No tuve mejor idea que correr de él. Yo sé que se notaba pero no tenía buenas intenciones.

Logré salir de mi casa pero el sujeto misterio no paraba de seguirme. Me sentía aterrorizado y el corazón me latía muy fuerte. Las calles estaban desoladas, no se encontraba ni un rastro de vida, sólo aquel hombre y yo.

En un acto de desesperación corría sin saber dónde, sofocado por la situación. Pensé en escaparme tirándome desde el muelle de la ciudad, no sabía dónde me encontraba, tampoco si el sujeto me seguía, pero no había tiempo de dudar.

Me tiré al agua, me mantuve a flote gracias a un tablón que se encontraba allí. Por fin la tortura había acabado, sentía en mi cuerpo lo que tanto necesitaba.

Estaba pensando en alguna manera de llegar a la orilla, pero de golpe, sentí un fuerte tirón en mis piernas que logra hundirme. Ahí logré despertarme; rápidamente abrí los ojos, me quedé unos segundos tieso.

El ardor del amor

Alexia Seitz

Simón y Virginia se quedaron solos, y allí se dio un encuentro de otro mundo. El hombre comenzó a acariciarla suavemente por la curvatura de la espalda, siguiendo vertebra por vertebra hasta llegar a las partes íntimas de la jovencita, aún virgen.

Virginia portaba un cuerpo voluptuoso a pesar de sus cortos años, eso hizo que Simón quisiera poseerla, hacerla suya, quitarle lo más preciado que tenía. Comenzó lentamente a acercarse cada vez más al cuerpo de la mujer, hasta que un momento apretó su figura contra la de ella, y ahí se dio comienzo al placentero acto sexual que tuvieron. La penetró mientras la abrazaba para que sintiera una cierta ternura, la muchachita vivió por primera vez una sensación totalmente diferente.

Su respiración comenzó a agitarse hasta el punto de sentir que se desvanecía de placer, apreció un fuego interior que recorría todo su cuerpo y la hacía desear cada vez más. Sintió el ardor del amor en su estado más puro. Por otra parte, Simón, también se vio totalmente conmovido por la situación que hacía más de 300 años no vivía, al percibir que ella estaba disfrutando tanto como él. Llegaron ambos a un orgasmo total, el cual los hizo sentirse muy cansados por tantas emociones juntas vividas, y decidieron terminar el coito.

Finalmente, hablaron sobre lo ocurrido, coincidiendo en que había sido la mejor experiencia de sus vidas. El hombre le entregó un cofre con joyas preciosas para que ella recordara por siempre esa situación, Virginia lo aceptó aunque seguía estremecida. Decidieron que Simón ya debía partir y pasar a una mejor vida, en la cual pudiese descansar totalmente en paz. La muchachita vio partir al único ser que la había amado brevemente, pero con mucha pasión, y se prometió que jamás hablaría de lo vivido, sólo lo rememoraría con mucha ternura.

Del otro lado del mundo

Agustina Teixeira

Virginia decidió ayudar a aquel frío y pecador fantasma llamado Simón. Al llegar de vuelta a su hogar, su novio estaba allí esperándola para al fin poder comprometerse; ser felices y tener amados hijos.

Ahora, no se podía dormir, tenía un gran insomnio todas las noches, pensando en todo lo que había hecho en el otro mundo, en si decirle que no a su futuro marido, en qué terminaría todo si decía la verdad.

Muchos pensamientos venían a su cabeza hasta que por fin logró sentarlo en su cama para contarle su rara experiencia.

El duquecito Cecil abrió sus ojos impresionado por todo lo que se escuchaba mientras Virginia le explicaba que ya no era más aquella niña pura que él había conocido, no era más la pequeña virgen. Le dijo que había un mundo aparte, en el cual te recompensaban por ayudar a lograr que las almas llegaran a su destino, en donde esta alma te guía hacia una habitación dentro de un lugar difícil de describir.

La pequeña y ahora mujer Virginia entró al cuarto donde la esperaban diferentes objetos eróticos. Primero, la arreglaron para la ocasión. Luego, la hicieron elegir un objeto con el que podía jugar, ella optó por una pluma, color blanca, aterciopelado, muy suave. Comenzó pasándola por su cuerpo, desde sus hombros hasta el fin de su panza; le generaba una sensación excelente e inexplicable esa hermosa pluma. La deslizaba de arriba hacia abajo por su delicada piel.

Virginia contó que se sintió rara y bien a la vez, porque le generó placer y la hizo sentir maravillosamente, pero también sentía estaba engañando a su tan amado, ella quería que él estuviera ahí observándola, no el fantasma.

Sin embargo, el gran problema era que ella sentía que ya no llegaba pura para el momento del matrimonio.

Su querido, al terminar de escuchar su gran discurso tan lastimado, pero a la vez tan sincero, tomó la terrible decisión de no apoyarla sino enojarse por no guardar sus tan preciadas y deseadas partes para él. No entendía la necesidad de probar un objeto que le diera placer sin antes descubrir lo que podía llegar a generar Cecil para complacerla.

Todavía aquella niña está esperando a que su “príncipe” vuelva a quererla porque no cambió nada con su suposición de pérdida de virginidad.

Salir de la comodidad

Valentina Zabaleta

María tenía diez años cuando conoció al primer explorador que visitaba su país. Era un hombre alto, flaco, barbudo y con grandes ojeras bajo sus ojos color café. Llevaba puesto un pantalón y una camisa ennegrecida por la falta de lavado. Su pelo largo le llegaba hasta los hombros, y era de un cobrizo que se aclaraba en las puntas. Desde que tenía memoria, junto a su madre, lo habían admirado, y cada vez que podían lo miraban en la televisión de su abuela.

Cuando María cumplió sus 25 años, después de ahorrar cada moneda que tenía y comprar sólo lo necesario para llevar, se encaminó en su primera aventura hacia la India. Este amor lo había desatado su madre, le había regalado cuando cumplió la mayoría de edad.

Amelia Skytrijo era la primera mujer exploradora que había recorrido la mayoría de los países del mundo. En su pieza, la joven María, coleccionaba figuritas con su foto, y en sus paredes amarillentas colgaban posters del doble de su altura con la figura de la expedicionista durante la excursión. Constantemente aprendía frases en hindú, hacía listas con las excursiones que quería hacer y de los lugares que ansiaba visitar. Creía que podría pasar como ciudadana sin ningún problema. Cuando llegó al aeropuerto, la emoción la inundaba como una gran ola que superaba los siete metros de alto. Para llegar a Nueva Delhi tuvo que abordar tres aviones, que duraron una eternidad.

Se sentía abrumada y emocionada. Allí todo fue distinto. María vio en su cabeza como todos los planes que tenía se desvanecían; las reservas se habían efectuado; esperó, discutió, gritó y lloró con todas las personas que le negaron hospedarse en su hotel. Sentía que todo estaba fuera de control, apenas reconocía a la India con la que tanto había soñado. Sentía que había fracasado, pensó en su mamá y en todo el sacrificio que tuvo para poder darle una buena educación. Recordó a su abuelita que ya sentía el pasar de los años y, segundos después de invocar su imagen, la frase que su abue le dijo antes de subir en el avión, se le presentó: “La aventura comienza cuando salís de

tu comodidad". Y así lo hizo. Se armó de valor, agarró sus valijas y supo que había tomado la mejor decisión.